



# EN EL MERCADO DE LAVAPIÉS

Belén Santos

**H**an pasado casi cuarenta años, que se dice pronto, desde que Juan abandonó el barrio. Entonces era un desgarrado adolescente con más pájaros en la cabeza que cualquiera de su pandilla. Y es que siempre fue un soñador empedernido. Desde niño ya se imaginaba como héroe de las historias más rocambolescas que su mente era capaz de concebir. Podía pasar horas tumbado en la cama, mirando al techo o con los ojos cerrados, visualizando cada escena que fantaseaba. También era capaz de hacerlo en cualquier otro lugar. Una aburrida clase de matemáticas era la oportunidad perfecta para viajar a cualquier otro sitio. O la comida de cada día en familia viendo el monótono teledia-

rio en blanco y negro. Y por supuesto en cada recorrido que hacía de camino al instituto o de regreso.

Tanto soñar despierto le llevó a idealizar lo que sería su vida de adulto, como si fuera una parte más de unas de sus historias imaginadas. Había gran cantidad de posibilidades: unas veces era el jefe de un comando que liberaba a rehenes secuestrados en un avión por terroristas, otras el abogado que ganaba el caso más difícil de injusticia cometida por una gran empresa; hasta llegó a verse como un gran líder mundial con solución para los más graves problemas de la humanidad. Si siempre había una constante en sus visiones era el hacer justicia. Por algún motivo su creatividad imaginaria le llevaba a idear situaciones en las que se hacía valedor de las causas en las

que había que luchar contra lo abusivo. Siempre siendo él el protagonista, claro.

La prolífica imaginación de Juan también le dejaba tiempo para otros menesteres. Hacía tiempo que irremediablemente se fijaba en Isabel, la hermana de Felipe, su mejor amigo. Felipe y él pasaban bastante tiempo juntos. Se conocieron cuando eran muy pequeños en el colegio y congeniaron perfectamente. Luego tuvieron la suerte de seguir juntos en el instituto, y de alguna manera Felipe era un referente de alguien educado en una familia bastante más humilde que la suya y de íntegros principios. Tuvo oportunidad de ir a su casa infinidad de veces, de pasar tardes haciendo los deberes y merendando aquel pan y aceite con azúcar que su madre les preparaba. Así conoció a Isabel, dos años menor que él. El caso es que cuando eran niños no le parecía especialmente interesante, pero fue al crecer cuando no pudo evitar fijarse en ella. De hecho siempre buscaba alguna excusa para ir a buscar a Felipe a su casa con el anhelo de tan sólo cruzarse con Isabel, de poder intercambiar unas palabras, unas miradas con ella.

Así que Isabel se convirtió en el centro de sus pensamientos, y por lo tanto de sus ilusiones. Su tiempo se vio ocupado principalmente en soñar infinidad de escenas convividas con ella, incluso una vida compartida con aquella joven que pese a cierta innata inseguridad, le parecía la persona más admirable del mundo. Isabel no era especialmente guapa; tenía unos rasgos que cuando estaba seria, emanaban cierta frialdad y dureza en su rostro. Sin embargo, nada más alejado de la realidad: Isabel podía ser la persona más dulce -al menos en sus sueños-, y cuando sonreía, el mundo se iluminaba a su alrededor. ¿Cómo era posible que cada noche se durmiera pensando en ella y cada día al despertar su primer pensamiento fuera también ella? No paraba de imaginar encuentros en los que Juan sobresalía por su brillantez de palabra y sus aciertos en cada frase que utilizaba con ella. Pero la realidad era bien distinta ya que Juan era un gran tímido por aquel entonces, y esa timidez le impedía desarrollar una comunicación mayor con ella. Cada vez que la veía, todas las palabras que había preparado decir era imposible que brotaran de su boca. Tartamudeaba,

incapaz de fijar la mirada en ella cuando ésta le miraba; tan sólo podía articular a penas unos monosílabos. Vamos, que quedaba como un auténtico imbécil.

Los padres de Felipe e Isabel regentaban un puesto de verduras en el Mercado de San Fernando de Madrid, también conocido popularmente como Mercado de Lavapiés, lo que le ofrecía otra posibilidad de ver a Isabel los sábados, cuando ella ayudaba a sus padres en la bulliciosa actividad del fin de semana. De modo que Juan se vio obligado a desarrollar un inusitado interés por hacer la compra esos días. Incluso iba a comprar cuando nada era preciso en casa. Primero se acercaba lo justo hasta apenas vislumbrar a Isabel en la distancia para no ser visto. Tras un buen rato de observación, inspiraba con fuerza llenando sus pulmones de aire, como el buzo que toma reservas antes de sumergirse en las profundidades, y allí que se dirigía. Se acercaba con paso titubeante, sintiendo cómo su corazón se aceleraba progresivamente, y por fin alcanzaba el puesto de verduras. Pedía la vez, y deseaba que hubiera mucha gente delante de él para hacer la compra. No sabía si en verdad deseaba que le atendiera Isabel o cualquiera de los otros dependientes, porque con ella no encontraría las palabras justas más allá de la petición de compra. Y sí, allí estaba ella. Era el mejor espectáculo que Juan podía presenciar: ver a Isabel moverse con agilidad tras los montones de frutas y verduras, atendiendo amablemente a sus clientes. Porque si algo tenían en común en la familia, era ese saber relacionarse tan acertadamente con todo tipo de clientes. Sin duda era uno de los motivos por los que el puesto con frecuencia tenía colas de gente esperando a comprar. A veces, esperando esa fila, sentía que su constante mirar a Isabel podía delatarle, así que intentaba disimular fingiendo ser alguien que allí estaba simplemente porque quería comprar. Una vez hecha la compra llegaba el doloroso momento de tener que alejarse de ella. Guardaba lentamente el dinero en el bolsillo, se repartía lentamente las bolsas en ambas manos, y muy lentamente se alejaba, dando la espalda, pero sintiendo que su presencia aún era patente, aunque no la viera.

Una mañana de domingo Felipe y él quedaron para ir a montar en bici al Parque del Retiro. En verdad Felipe no tenía bicicleta, pero la de Juan la compartían. A veces uno llevaba al otro o se turnaban para montar. Cuando estaban tumbados en la hierba descansando, Felipe sacó el tema de su hermana. Sabía de sobra que a él le gustaba; era testigo de tantas excusas, compras y cosas tan absurdas que Juan podía llegar a hacer, que Felipe lo tenía muy claro. Juan no lo pudo negar y reconoció estar enamorado de ella. De hecho le pidió que fuera su aliado para poder facilitarle las cosas. Pero Felipe, que no había sentido todavía nada parecido por nadie, no se lo tomó realmente en serio y no paraba de bromear sobre el asunto. A pesar de ello se comprometió a que les acompañara, ella y alguna otra amiga, claro, la próxima vez que fueran al cine.

“Cabaret”, la película de Bob Fosse recién estrenada en España allá por octubre de 1972 fue la escogida. No era lo que más les apetecía ver a Juan y Felipe, pero como Isabel y su amiga querían ver a Liza Minnelli en el musical, no les quedó otra que ir con ellas para cumplir el sueño de Juan. Al ir los cuatro juntos, y ellos casi aparentar más años de los que tenían, no les resultó difícil conseguir pasar por la edad que exigía la entrada para aquella proyección. El destino permitió que Juan se sentara al lado de Isabel. Y durante las más de dos horas de película no pudo más que estar atento a ella, a cada movimiento que hacía, a cada comentario con su compañera, a cada suave inspiración y expiración de aire. En alguna ocasión acercaba muy sutilmente el brazo al suyo, en otra la pierna. Pero eran acciones tan escasas que ella ni parecía enterarse, y desde luego no respondía en modo alguno. Hasta que casi hacia el final se armó de valor, y lentamente y con mucho cuidado, le cogió la mano. Isabel la aceptó, e incluso la apretó ligeramente. Juan la miraba de reojo, y ella seguía disfrutando de la proyección, como si no se estuvieran tocando. Pero él era tan feliz. Tenía su mano cogida, en ese momento que era el más íntimo que había conseguido tener con ella hasta entonces, y que no lograría superar hasta casi cuatro décadas después.

Juan y su familia se tuvieron que mudar repentinamente por un nuevo destino laboral de su

padre, y así fue como llegó a Barcelona, y como su corazón quedó herido por separarse de Isabel. Una herida que aunque fue cicatrizando lentamente con el tiempo, nunca llegó a curarse del todo.

Barcelona era bien distinta a Madrid en aquellos años setenta. De alguna forma se respiraba más libertad, evolucionaba más rápidamente y sus habitantes le parecían a Juan que hasta caminaban de manera distinta. Conforme fue pasando el tiempo, Isabel se fue diluyendo de sus pensamientos, aunque siempre quedó en sus sentimientos. De hecho, cada vez que se acordaba de ella por aquel entonces y en los años sucesivos, sentía un pequeño vuelco que daba su corazón. Pero la vida seguía, y las novedades del reciente destino le ayudaban a distraerse y a seguir adelante sin mayor problema.

En seguida inició sus estudios de periodismo. Parecía tener bastante claro que ésa era su vocación: se le daba bien la redacción, y unido a su creatividad, parecía ser la conjunción perfecta para lo que él entendía que podía ser un periodista. Antes de acabar con sus años de formación académica, empezó a colaborar con un periódico, y al cabo de una temporada le contrataron.

Todo ese tiempo trabajando en el periódico en Barcelona, le permitió conseguir una experiencia y hasta una reputación que pocos compañeros llegaron a obtener. Pasó por distintas secciones y parece ser que fue en la sección de política donde mejor se encontraba. Eran, en buena parte del mundo, los convulsos años setenta. Tiempos interesantes para vivir y para narrar como periodista. Juan sabía cómo infundir interés a sus informaciones, incluso para quien menos pudiera interesar, con su particular estilo narrativo y unos siempre atrayentes titulares. Así que el prestigio que progresivamente iba ganándose, fue determinante para ofrecerle un destino fuera de España: podía ser corresponsal en Latinoamérica. Juan no dudó ni un instante y aceptó la oferta. Para él era perfecta la oportunidad de poder vivir nuevas aventuras en tierras lejanas. No tenía ninguna relación sentimental, ni nada que le atara especialmente en España, aparte de su familia, por lo que emprendió el camino de su nuevo destino. Un

destino en el que pasaría los siguientes treinta años de su vida, siendo testigo de sucesos históricos que nunca hubiera ni podido imaginar. Durante ese tiempo conoció indudablemente a infinidad de personas, gentes que merecían la pena ser conocidas –unas más que otras– mujeres de las que se enamoró, con las que tuvo distintas relaciones, pero que nunca llegaron a consolidarse como su pareja de por vida. Y es que Isabel no había desaparecido de su mente ni de su corazón.

Después de todos esos años, llegó la hora de regresar y volver a establecerse en España. El periódico en el que pasó gran parte de su vida, llevó a cabo un expediente de regulación de empleo que obligaba a Juan a una jubilación anticipada. En verdad no es algo que le afectara especialmente de forma negativa. Sentía que eran ya demasiados los años que llevaba moviéndose de un lado para otro, sin ningún tipo de estabilidad emocional, por así decir. Muchos años fuera de casa, y aunque era poca la familia que le quedaba, le apetecía volver a su Madrid natal, en el que pasó los primeros y determinantes años de su vida. Le apetecía poder centrarse en la escritura de nuevos libros, su auténtica pasión que sólo pudo llevar a cabo en el escaso tiempo que le dejaba su trabajo para el periódico. Así que no había ninguna duda: llegó la hora de regresar a Madrid.

Lo primero sería decidir dónde vivir. A Juan siempre le gustó el centro y le resultaría cómodo por el tipo de vida que iba a llevar, por lo que buscó en su querido barrio de Lavapiés y alrededores, y acabó encontrando un bonito apartamento en la plaza de Tirso de Molina. Allí realizó la mudanza de sus no muchas cosas, a excepción de los montones y montones de libros, claro. Era un luminoso apartamento en el que le resultaba muy cómodo concentrarse y trabajar. Otras veces iba a la Biblioteca Nacional dando un paseo. Allí, con su ordenador portátil, la concentración era aún mayor por estar en un espacio sin teléfonos ni nadie que llamara a la puerta. Y así empezaron a transcurrir los días: trabajando y reencontrándose con las calles y los pocos locales que aún quedaban de cuando él era niño y adolescente. Algunas visitas a amigos, a compañeros de profesión, a conocidos. Y

los paseos. Esos largos paseos que le permitían también meditar en tantas cosas que habían pasado, tantas experiencias vividas, y por supuesto en las no vividas, por lo que llegó el momento que tomar una determinación respecto a Isabel: ¿quería saber algo de su vida? Claro que quería saber. ¿Qué habría sido de ella? Si se habría casado o no, si habría formado una familia, si tendría hijos, cuántos, a qué se dedicaría, cómo sería ahora, cómo estaría... Empezaba a hacerse preguntas y era un raudal de dudas sobre ella que quería descubrir. Pero cómo empezar, puesto que con Felipe también había perdido el contacto con el paso del tiempo.

Internet sin duda era la respuesta. Utilizar buscadores, redes sociales, posibles contactos en común... Para Juan utilizar todas estas herramientas era tarea fácil. Otra cosa serían los resultados. Y es que nada en esta primera búsqueda surtió efecto. Ni siquiera en las “páginas blancas” aparecía. Ni ella, ni Felipe, ni nadie con quien los pudiera relacionar. Era como si no hubiera rastro de ella, como si se la hubiera tragado la tierra. Una terrible duda le asaltó entonces: ¿y si le hubiera ocurrido algo? Algo malo, algo terrible. ¿Y si hubiera muerto? No. No podía dejarse llevar por esos pensamientos negativos. Desde luego no sin tener ningún indicio que le pudiera conducir a una conclusión así.

Fue entonces al portal de la casa en la que vivían Isabel y Felipe cuando eran pequeños. Aprovechó para entrar con la salida de un vecino y empezó a leer los nombres de todos los buzones del inmueble. Nada. Ni ella, ni Felipe, ni nadie con sus apellidos vivía allí. Siguió deambulando por las calles aledañas esperando la visita de alguna nueva idea. ¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Tenía que ir al Mercado de Lavapiés. Ésa podía ser una buena pista: ver qué había pasado con el antiguo puesto de verduras. Y allí diligentemente se dirigió. Antes de entrar, sin embargo, se detuvo. ¿Y si finalmente la encontraba allí? ¿Qué le iba a decir? Ahora Juan no era aquel joven al que dominaba la timidez, sino más bien al contrario. Pero la sola idea de pensar en encontrarla, también le paralizaba en cierta forma. Se dio la vuelta y regresó a casa. Se miró al espejo. Efectivamente los años habían pasado por él, pero nadie diría que

tratándolo mal. El hecho de mantenerse delgado y de no tener demasiadas canas, le hacían parecer algo más joven. Estaba nervioso y no sabía muy bien qué hacer. Así que se puso ropa deportiva y salió a correr al Parque del Retiro, costumbre la de correr que hace años adoptó por una novia que tuvo y que desde entonces siempre le hacía sentir bien.

Tras correr aproximadamente una hora, aproximadamente los diez kilómetros de rigor, regresó a casa. Se duchó y recortó la barba. El ejercicio que había hecho generaba suficientes endorfinas como para “ayudarle” a regresar al Mercado. Y aunque hacía años que sólo fumaba cigarrillos esporádicamente, sintió que uno tampoco le vendría mal en estos momentos. Fue a una tienda regentada por chinos y allí compró un cigarrillo suelto y unos caramelos de menta. Fumó el cigarrillo camino del Mercado y finalmente entró.

Todo había cambiado, y tanto, desde la última vez que estuvo allí. Y es que no hace mucho un grupo de comerciantes quisieron renovar y dar una nueva imagen al mercado. No de cara al turismo, intención tan frecuente en cualquier iniciativa comercial llevada a cabo en los últimos tiempos en el centro de la ciudad, sino claramente dirigida a los propios vecinos del barrio: tiendas con todo tipo de alimentos ecológicos, de comercio justo, comida para llevar, artesanía, libros de segunda mano, vino y aceite a granel, cervezas también artesanales, panes recién hechos, pequeños bares, restaurantes y cafés. Todo ofrecía un ambiente muy agradable y atractivo. Tras recorrerlo de arriba a abajo y no encontrar a Isabel, ni el antiguo puesto de verduras, Juan no se encontraba sin embargo decaído por la falta de resultados. Decidió tomar una cerveza de las artesanales y ahí empezó a indagar. Sin embargo es verdad que la mayoría de los comerciantes que ahora trabajaban en el Mercado, parecían ser gente joven. Lo más probable es que Isabel ya no siguiera allí y lo que es peor, que nadie se acordara de ella.

Resultado nulo en el primer intento. No pasa nada. Juan no estaba dispuesto a darse por vencido hasta que no hablara con todos y cada uno de los trabajadores que ahora daban nueva vida al Mercado. Veía, y sabía, que las posibilidades

de obtener alguna pista eran difíciles, pero su natural optimismo casi le presagiaba algo bueno. Tras pagar la caña, decidió ir a la librería de segunda mano. Cuando Juan preguntó al joven dependiente por Isabel, éste sonrió algo enigmáticamente y asintió. Sí que la conocía. Isabel tiene un café en el mismo Mercado. No está en el espacio que antes era el puesto de sus padres, sino en otro de los pasillos más transitados. La calidad de su café y de los dulces veganos que prepara, así como su amabilidad con la clientela, convierten al café en un lugar muy especial y querido en el Mercado y en todo el barrio.

La luz iluminó la expresión de Juan nada más escuchar estas palabras. Sin embargo, ¿cómo era posible que no la hubiera encontrado cuando recorrió todo el Mercado? ¿Tanto había cambiado? No había tiempo que perder. Agradeció enormemente la ayuda del vendedor y se fue casi corriendo hacia el pasillo donde se encontraba el café.

El café era un local pequeño, con una decoración sencilla que le ofrecía un aspecto delicado y acogedor. La luz cálida estaba concentrada puntualmente sobre cada una de las mesas que tenía, así como a lo largo de la barra. A un lado de ésta, un expositor con una selecta muestra de los reconocidos dulces veganos. En la pared de al lado, una pizarra con una carta escrita a mano con elegante letra, anunciando los distintos tipos de café. Una camarera sirviendo las mesas, y ni rastro de Isabel. Juan se sentó en la única mesa que quedaba libre y cuando la camarera se acercó para tomar nota de su pedido, Juan se limitó a pedirle un café americano, y a no preguntar por Isabel. Ya sabía que debía estar cerca, espacial y temporalmente, así que de alguna manera quería saborear esos momentos tan lentamente como el rico café que le sirvieron.

Juan permanecía atento a cualquiera que entrara o saliera del café, y a una puerta tras la barra que comunicaba el local con la que imaginaba que sería la cocina para hacer los dulces. Y efectivamente, tras ella apareció. Era Isabel, sin duda. Después de tantos años sin verla, recordaba a la perfección sus rasgos faciales, y los mantenía. La misma agilidad detrás de un mostrador. La misma dulzura que él siempre encontraba en su rostro. Allí estaba, y desde luego no

aparentaba la edad que realmente tenía. De hecho reconocía en ella el recuerdo de aquella cara de cuando era casi una niña, que durante tantos años le había acompañado. Se quedó observándola, disfrutando de aquella visión, como cuando era adolescente y la observaba más o menos camuflado entre la gente.

Decidió entonces probar uno de aquellos famosos dulces veganos. Llamó a la camarera y se dejó guiar por ella en su elección. Ésta le trajo un pequeño cuadrado de bizcocho, relleno con una fina capa de caramelo mezclado con licor, y espolvoreado por encima con almendra tostada y molida. Se quedó un buen rato mirando el pequeño dulce, tan atractivo a la vista, tan elegante. Y es que las manos de Isabel lo habían elaborado. Sentía por momentos cómo se acercaba progresivamente a ella a través de estos pequeños detalles. Por fin se decidió a probarlo. Exquisito. La mezcla de texturas del suave bizcocho con el relleno y la almendra espolvoreada, junto a los sabores de todo junto, eran una combinación perfecta e insuperable.

Tras pasar un buen rato degustando su café, le pidió la cuenta a la camarera, que se dirigió a la barra y se la pidió a su vez a Isabel. Isabel miró por un instante muy breve al cliente de la mesa que iba a pagar, pero indudablemente no le dio tiempo a vislumbrar de quién se trataba. Por otra parte hay que entender que ella apenas ha cambiado, pero Juan, por el simple detalle de llevar barba, tiene que estar bastante distinto de cuando era un adolescente. Así que el que no le diera tiempo a verle, ni a reconocerle, no le preocupó lo más mínimo. De hecho, encontraba un nuevo placer en ese acercamiento que estaba llevando a cabo en secreto, esperando que a Isabel no le molestara. La cuestión es que había pasado tanto tiempo, tanto tiempo sin de verdad olvidarla, que ahora quería prolongar estos momentos, tal vez en la prevención de una posible reacción adversa por parte de ella. De modo que consideró que era bastante para ese día y tras pagar, abandonó el local.

La alegría era inmensa en Juan. Por fin había localizado a Isabel, a la que encontraba que estaba guapísima, que aparentemente parecía estar bien e irle bien las cosas. Hasta el día siguiente, tenía suficiente inspiración para sus fantasías,

como cuando era pequeño. Se fue a la cama pensando en ella, y aunque al despertarse no recordara haber soñado con ella esa noche, sí que fue su primer pensamiento del día, como no podía ser de otra manera. Realizó las mismas rutinas de siempre: corrió, escribió, comió algo y siguió escribiendo. Y a última hora de la tarde volvió al café de Isabel. Esta última acción empezó también a convertirse en rutina: pedir a la camarera su café americano y un nuevo dulce cada día. Se llevaba un periódico para disimular con su fingida lectura, su constante observación de Isabel que parecía no sospechar nada. Cada día le gustaba más ese café y esos dulces que tomaba. Empezó a interesarse así por la cocina vegana, más allá de los dulces. Y no sólo la cocina, como es natural, sino la entera filosofía del veganismo. Conforme se adentraba más en ella, más se identificaba con sus principios, siendo consciente que era también consecuencia de la influencia que sobre él ejercía Isabel, sin ella misma saberlo.

Un día al entrar al café, chocó sin querer con alguien. Era Isabel. Ambos se pidieron disculpas mutuamente y no pudieron evitar mirarse a tan corta distancia. Juan enmudeció tras su disculpa al darse cuenta de quién era y tenerla tan cerca. Isabel se quedó mirándole fijamente y con una sonrisa llena de sorpresa pronunció su nombre. Lo había reconocido. Tantos años después, a pesar de los cambios físicos y de haber perdido el contacto, había sido capaz de reconocerle y de recordar su nombre. Parecía buena señal, y aunque no esperaba ni muchísimo menos que ella sintiera por él tanto como él había sentido, y seguía sintiendo por ella, podía ser un buen comienzo. En seguida Isabel le invitó a sentarse en una mesa, ocupando ella la silla en frente a él.

La conversación empezó a fluir poco a poco. Se intercambiaron las primeras informaciones sobre cómo estaban, cómo les habían ido las cosas. Para ella la vida no había resultado nada fácil. Cursó estudios de enfermería, y tras ejercer como tal en un hospital durante años, empezó a trabajar para “Médicos Sin Fronteras” cuando se creó “MSF España”. Así también tuvo oportunidad de recorrer distintos países atendiendo en las emergencias sanitarias que se sucedieron

durante bastante tiempo. Hasta que su marido, un compañero médico francés, también de la organización, perdió la vida en una de las acciones en las que participó. Ése fue el detonante para que después de más de veinte años, Isabel decidiera llevar a cabo un cambio en su vida. Ya estaba bien de tanto viajar y de tantas otras cosas. Necesitaba iniciar una nueva trayectoria, con nuevas y sencillas ilusiones. Así, cuando regresó a Madrid, coincidió con el resurgimiento del Mercado de Lavapiés. Se informó sobre el tema, sobre los posibles puestos disponibles, ya que hacía tiempo que sus padres habían dejado el suyo y, sin pensarlo demasiado, se embarcó en la aventura del café. Lo importante es que iba a suponer mucho trabajo, muchas horas invertidas, y eso precisamente era lo que necesitaba, no ya para olvidar, sino para no tener tiempo en el que estar irremediamente recordando a su marido muerto.

La narración de todas estas cosas impresionó profundamente a Juan. Percibía cómo la vida había dejado una dolorosa mella en Isabel. Sentía que hubiera sido testigo de tanto sufrimiento y locura en el mundo, aunque al mismo tiempo le enorgullecía que fuera una mujer tan

valiente y capaz de haberse enfrentado a las situaciones más difíciles, y de ayudar tan noblemente a quienes peor lo pasan. Mientras la escuchaba, no podía dejar de observar cada pequeño gesto que hacía con la cara, con las manos. Poder mirarla fijamente a los ojos. Sentir tanta proximidad, no ya sólo físicamente, sino una cercanía emocional y hasta ideológica en todo lo que podía contar. Juan también habló y resumió lo que había sido toda su vida desde que se separaron. Trató de contar las cosas con sentido del humor e intentar hacer reír a Isabel, y lo conseguía. No sólo se reía ella, él también al verla tan feliz.

Así fue cómo empezó esa conversación que todavía no ha acabado. Y es que Isabel y Juan tenían tantas cosas que contarse; separados toda una vida por un destino que ahora les ha vuelto a unir. Un destino que ha hecho que coincidieran, aun estando separados por miles de kilómetros, en la forma de sentir, interpretar y actuar en la vida, aun teniendo profesiones y dedicaciones tan distintas. Y que ahora, estando por fin juntos físicamente, pueden compartir conociendo al pasado del otro, y en el presente y futuro que les pueda esperar.

Ilustración: Pablo Moncloa

